

LA LECTURA *SUPER EPISTOLAM AD HEBRAEOS* DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

[ST. THOMAS AQUINAS ON THE *EPISTLE TO THE HEBREWS*]

LEO ELDERS

SUMARIO: 1. LA EXCELENCIA DE CRISTO 2. LA FE. 3. CONSECUENCIAS MORALES.

Resumen: Seguir la lectura de Santo Tomás sobre «Hebreos» es obligarse a pensar, a meditar de manera más profunda el significado del texto sagrado. El artículo quiere mostrar las concatenaciones del texto de Santo Tomás cuando se examinan con una perspectiva más teológica y más profunda.

Palabras clave: Santo Tomás, Carta a los Hebreos.

Abstract: To follow the reading of Saint Thomas on the «Hebrews» is to oblige oneself to think, that is, to meditate in a more profound manner on the meaning of the Sacred text. The article is intended to show the concatenations of the text of Saint Thomas when it is examined in a more profound Theological perspective.

Keywords: Saint Thomas, Letter to the Hebrews.

El comentario¹ parece que es un texto preparado para la enseñanza de la teología, sea en Roma entre 1265 y 1268, sea en Nápoles en los últimos años de la vida de Tomás. Este hecho se nota por la frecuencia de explicaciones sencillas, que estarían destinadas a estudiantes, y por la presencia de cuestiones, seguidas por un *respondeo*, en más de 90 lugares.

Tomás considera que la idea principal de la Carta es mostrar la excelencia de Cristo, refutando de esta manera un error fundamental de algu-

1. Seguimos la edición de Maritti. S. THOMAE, «Super Epistolam ad Hebraeos Lectura», en *Super Epistolas Sancti Pauli Lectura*, vol. 2, 8ª ed., Marietti, Taurini-Romae 1953.

nos grupos de judíos convertidos a la fe en Cristo que querían mantener la práctica de observar las leyes ceremoniales del A.T., como si no se hubiera instituido una nueva alianza en la sangre de Cristo. El Apóstol se opone a esta práctica mostrando la excelencia de Cristo ante los ángeles, los profetas y los sacerdotes. En los diez primeros capítulos muestra la excelencia de Cristo; después trata de las cosas por las que los miembros de la Iglesia se unen a su cabeza. Presenta una exposición de la grandeza de la fe (Capítulo XI), seguida (Capítulo XII) por una exhortación a mostrar la excelencia de la fe con buenas obras y soportando a los malos. En este capítulo, como en el siguiente, se encuentran instrucciones para la vida moral.

Como en sus comentarios sobre las demás cartas de san Pablo², Tomás introduce esta *Lectura* con un prólogo que se basa en el Salmo 85,8: «No hay, Señor, en los dioses nada semejante a ti, y nada hay que iguale tus obras». El nombre dios, escribe, se atribuye, también en la Biblia, a seres elevados y nobles que participan de la grandeza de Dios. En 1 Corintios 8,5, San Pablo escribe: «Aunque algunos (ídolos) sean llamados dioses y muchos de ellos señores, para nosotros no hay más que un Dios Padre de quien todo procede y para quien somos nosotros y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también». En la Sagrada Escritura son llamados dioses: a) los ángeles (Job 25,3), b) los profetas (Juan 10,35), y c) los sacerdotes (Isaías 61,6). Ahora, Cristo es Dios en un sentido superlativo (Hebreos 3,6). Cristo no es un ministro, como los demás que son llamado dioses, sino el Señor de todos, Apocalipsis 19,16: «Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: rey de reyes, señor de señores».

Muestra esta excelencia por las obras que hace: obras supereminentes como la creación (Juan 1,3), la iluminación (Juan 1,9), la justificación (Juan 1,4). Esta demostración constituye el tema de la carta.

Al final de su prólogo, Tomás subraya de nuevo la posición única de la Carta a los Hebreos. En todas las cartas, San Pablo trata de la gracia que Cristo nos ha traído en cuanto somos su cuerpo místico, la Iglesia. En 1 y 2 Timoteo y en Tito se habla de la gracia destinada a personas individuales, pero en esta carta la gracia es descrita y alabada en cuanto está en Cristo, la Cabeza de la Iglesia. De hecho, del mismo

2. Cfr. L. ELDERS, «Tomás de Aquino, comentador de San Pablo», en *Scripta Theologica*, 38 (2006), 941-963.

modo que en los cuerpos orgánicos se puede distinguir entre el cuerpo en su totalidad, los miembros principales y la cabeza, también en la Iglesia se puede hacer la misma distinción.

En la parte que sigue al prólogo, Tomás aborda la autenticidad. Dice que antes del concilio de Nicea algunos dudaron de la *autenticidad* paulina de la carta, por las siguientes razones: a) Pablo no pone su nombre, como lo hace en otras cartas; b) el estilo de la carta es diferente, muy elegante y las frases están bien construidas, cada una con su verbo³. Sin embargo, Dionisio y otros, entre ellos Jerónimo, la consideraban auténtica. Tomás explica por qué el Apóstol no puso su nombre: porque no era el apóstol de los judíos (Gálatas 2,8); porque su nombre era odioso, pues enseñaba que ya no se debían observar las obligaciones culturales y religiosas del Antiguo Testamento (*legalia*); finalmente, porque, en general, los familiares y los compatriotas no llevan bien la singularidad y la excelencia de uno de los suyos y por eso Pablo les era odioso. En su *Lectura* Tomás se refiere al autor de la carta como «el Apóstol», y no emplea el nombre de Pablo.

El estilo es más elegante que el de las demás cartas porque, según Tomás, Pablo escribió su carta en hebreo, un idioma que le era más familiar. Lucas fue quien debió de traducir la carta al griego. Los biblistas modernos estiman improbable que San Pablo sea el autor de la carta, tanto por las grandes diferencias de estilo como por el modo de argumentar y la ausencia de las características propias de la manera de expresarse del apóstol. Además la manera de citar el Antiguo Testamento es diferente de la de las otras cartas. La carta parece haber sido escrita en Italia, tal vez en Roma, y contiene ideas y doctrinas que pueden haber sido inspiradas por el apóstol. Debió de ser escrita antes de la destrucción de Jerusalén el año 70, ya que el texto describe el culto en el Templo como algo actual. Los sacerdotes del templo que se habían convertido habían tenido que huir de Jerusalén, y vivían a veces en una situación difícil: estaban así expuestos a la tentación de echar de menos su posición anterior con el consiguiente riesgo de abandonar la fe cristiana.

En el n. 6 de su *Lectura* Tomás nota que el Apóstol escribe la carta contra los errores de unos convertidos del judaísmo que deseaban

3. Cfr. el número 7 del comentario: «Hoc autem est in hac epistula singulare quod singula verba habent singulas sententias et servant ordinem suum».

continuar observando los *legalia*, como si la gracia de Cristo no fuese suficiente: una interpretación en la misma línea doctrinal que la *Carta a los Gálatas*. Sin embargo, actualmente prevalece la opinión de que la carta estaba destinada a sacerdotes y levitas convertidos a la fe en Cristo, que padecían un sentimiento de soledad y de dolor por lo que habían perdido y que estaban expuestos también a la enemistad de los judíos. Ellos habían huido ya de Palestina.

La *Carta* se divide en dos partes principales: a) la demostración de la excelencia de Cristo respecto a personajes excelentes del Antiguo Testamento (los ángeles, Moisés y los profetas, los sacerdotes), por la que hay que atribuirle un valor más grande al Nuevo Testamento; b) en la última parte, la carta trata aquello con lo que los miembros de la Iglesia se unen a Cristo, su cabeza, en primer lugar por la fe, pero también por la práctica de las virtudes cristianas:

«Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas. Últimamente nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo».

Tomás considera que el mensaje o la doctrina de la *Carta a los Hebreos* está resumido en el primer versículo. «Muchas veces y de muchas maneras» significa que Dios ha hablado a los padres de Israel por medio de diversas personas y de diversas maneras, p. ej., por diversos géneros de visiones, diferentes modos de hablar, por visiones imaginarias, visiones corporales y visiones espirituales. Sin embargo, la expresión se refiere también al hecho de que los destinatarios de estas revelaciones hablaban a veces de las mismas sin ambigüedad, pero, otras veces, oscuramente. Tomás añade una reflexión personal: no existe ningún modo de escribir o de expresarse del que el Antiguo Testamento no se sirva (como por lo demás el Antiguo Testamento mismo dice en Proverbios 23,20: «¿No te he escrito ya treinta textos para darte consejo y enseñanzas?»). La revelación ha crecido en la sucesión de los tiempos⁴. Sin embargo como toda multitud está ordenada a una unidad, así todas estas revelaciones lo están a Cristo. Resulta del texto que el Antiguo Testamento tiene autoridad, porque viene de Dios, es sublime y firme: ha existido y

4. Tomás comenta: «Per successionem temporum crevit divinae cognitionis augmentum».

se mantuvo desde hace otros tiempos y ha sobrevivido a lo largo de los siglos (*olim*). Tomás hace hincapié en la palabra *olim*: Dios ha preparado a los hombres poco a poco, porque era tan grande la revelación del misterio de Cristo, que los judíos no hubieran podido creerla si no hubiera sido desvelada poco a poco en el curso del tiempo. San Gregorio Magno confirma esta explicación: «Per successionem temporum crevit divinae cognitionis augmentum»⁵. La palabra «últimamente» se refiere al Nuevo Testamento, las múltiples revelaciones de antes estaban ordenadas a la época de la gracia.

Este primer versículo indica también que quien habla en estas revelaciones es Dios. Dos citas lo confirman: Salmo 84,9: «Yo escucho lo que dice Dios Yavé» y Números 23,19: «No es Dios un hombre para que mienta». Por consiguiente todo el Antiguo Testamento posee autoridad porque procede de Dios (n. 11)⁶. El texto dice que «*últimamente nos habló por su Hijo*». La multiplicidad de las revelaciones anteriores se reduce ahora a la unidad, porque sólo Cristo sucede a los numerosos profetas, pero el verbo «habló» indica que el mismo Dios es el autor de la revelación tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. En este punto el texto muestra la grandeza de Cristo, «*por quien hizo el mundo*». Dios Padre es el Creador y por tanto el Padre y el Hijo poseen la misma y única naturaleza divina. En esta primera lección Santo Tomás rechaza de paso, como lo hará en el resto de su *Lectura*, algunas opiniones de autores neo-platónicos y de los maniqueos, que despreciaban el Antiguo Testamento (n. 23).

Tomás dedica toda una lección al versículo 3 del texto: «... *que siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su substancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*» (nn. 24 ss.). En estas líneas se muestra la excelencia en gloria y dignidad de Cristo. Por su sabiduría, origen, filiación y poder, Cristo posee todo lo que necesitaba para su ministerio. Las palabras «*esplendor de su gloria*» significan su sabiduría. Dado que el reconocimiento claro de una persona va acompañado de elogios, Dios está lleno de gloria porque Él solo se co-

5. *In Ezechilem*, liber II, hom. 4, n. 12.

6. Las referencias, como n. 46, indican las divisiones del texto de Tomás en la edición de Marietti.

noce perfectamente y su sabiduría es radiante. La palabra «figura» del texto significa aquí «imagen», en el sentido de una semejanza de naturaleza. «*Imago substantiae eius*» tiene el sentido que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre. El término «substantia» es muy apropiado porque indica el ser individual de Dios. El Hijo sustenta todo, mientras que las criaturas no subsisten sin la causalidad de Dios y tampoco pueden obrar sin una acción causal divina. Tomás arguye que la letra del texto indica que el Hijo lo sustenta todo por su propio poder, a saber, «por su poderosa palabra». Es la misma virtud que la del Padre. San Basilio pensaba que «por su poderosa palabra» significaba el Espíritu Santo, pero Tomás descarta cortesmente esta opinión: «palabra» o «verbo» no son términos apropiados para indicar la procesión del Espíritu Santo, sino que significan una procesión en el pensamiento. Finalmente se comentan las últimas palabras del versículo, la purificación de los pecados y «*estar sentado a la derecha del Padre*» por encima de todas las criaturas.

1. LA EXCELENCIA DE CRISTO

Desde el versículo 4 el apóstol empieza a mostrar que Cristo es muy superior a los ángeles, que es el tema de los **Capítulos 1 y 2**. Cristo está por encima de los ángeles:

a) Por su filiación divina. Además, también en su naturaleza humana, es superior a causa de la unión de la naturaleza humana con la divina (n. 46), aunque de por sí la naturaleza humana sea inferior a la naturaleza espiritual de los ángeles. Por lo demás, el nombre «ángel» indica que su tarea es prestar servicio. Con relación a las prerrogativas de Cristo, Tomás subraya que es el Hijo único del Padre. Su nacimiento es espiritual e intelectual y es único y singular porque el texto dice: «*Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*». Las palabras «engendrado hoy» muestran que esta generación es eterna, puesto que «hoy» significa una duración sin alguna sucesión: Tú siempre eres engendrado por mí (n. 49). En las líneas siguientes el texto habla de lo que conviene a Cristo según su naturaleza humana. «*Yo seré para Él Padre*». El futuro del verbo indica que la encarnación de Cristo tuvo lugar en el tiempo. Sobre-elevado en una unión personal, Cristo llegó a ser también Hijo en su naturaleza humana (n. 52). El lector se maravilla al ver cómo Santo Tomás, con una

precisión teológica perfecta, determina la filiación divina de Cristo, refutando de paso algunas opiniones heréticas.

b) En cuanto al segundo punto —la dominación—, Tomás escribe en los nn. 54 ss. que Pablo mismo basa esta prerrogativa de Cristo en un texto bíblico. El Salmo 96,7 dice que «se postran ante él todos los dioses» (ángeles). Ahora bien, se adora sólo a Dios. Estamos ante la introducción del Hijo encarnado en el mundo. Al final Tomás presenta dos citas que confirman lo dicho: Nehemías 9,6: «... Los ejércitos del cielo te adoran» y *Apocalipsis* 7,11: «Todos los ángeles cayeron sobre sus rostros». Tomando pie del v. 7 —*el que hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llamas de fuego*—, Tomás presenta una breve angeleología en el n. 58, notando que hay dos sustancias corporales que expresan muy bien cómo son y actúan los ángeles, a saber el aire y el fuego: su ministerio de mensajeros es aclarado por el aire, en cuanto reciben impresiones y las transmiten, y su facilidad de movimiento y luminosidad se ilustran con el fuego. El fuego es el elemento más activo y se mueve hacia arriba. De una manera análoga, los ángeles refieren todo lo que hacen a la gloria de Dios, como dijo el ángel a Tobías: «Benedicid a Dios, y glorificadle». Del hecho de que Dios confirió a Cristo el poder, el trono y el reino (vv. 8-9), se deduce que los ángeles son sus ministros.

c) «*Tú, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos; ellos perecerán..., todos envejecerán como un vestido, pero tú permaneces*». En estas líneas se menciona la tercera razón de la excelencia de Cristo respecto a los ángeles: por Cristo el Padre hizo la creación, a saber las obras que realizó. El texto parece aplicarse al Padre, pero, escribe Tomás, el Padre ha creado el mundo en su Hijo —San Juan (8,25) lo llama principio—, a saber, en su sabiduría. Esto corresponde con lo que dice el v. 2. Por «tierra» se puede entender toda la naturaleza corporal. Por «los cielos» se puede entender los elementos ligeros o el mundo espiritual.

Cuando el texto dice que el cielo y la tierra perecerán, hay que entenderlo respecto al estado de las cosas, y no respecto a su sustancia. Los procesos y cambios en el mundo tienen sentido en relación a la generación del hombre. Cuando ya no sean engendrados otros hombres (pues el número de predestinados estará completo), ya no habrá cambios en el cosmos (n. 75). «*A ninguno de los ángeles dijo: Siéntate a mi diestra... ¿No*

son todos ellos espíritus administradores?» (vv. 13-14). Esta invitación se puede entender del Hijo de Dios en su naturaleza divina, pero también en cuanto es hombre.

Capítulo II. *«Por tanto es menester que con mayor diligencia atendamos a lo que hemos oído».* Tomás elucida el contenido del capítulo. El Antiguo Testamento había sido dado a Israel por mediación de los ángeles. El Nuevo, al sernos dado por Cristo, es más grande y debe ser obedecido mejor. La Ley Nueva exige tanto más nuestra obediencia en la medida en que su autoridad es mucho más grande. Dios ha testimoniado la eminencia de la Nueva Alianza mediante señales, prodigios y milagros diversos, así como por los dones del Espíritu Santo, incluso los carismas (n. 99).

Tomás ve en el versículo 7, *«Hicístele poco menor que a los ángeles»*, una alusión a la pasión y muerte de Cristo, en la que él se hizo menor, pues los ángeles son inmortales. ¿Por qué esto? v. 10: *«Pues convenía que Aquel para quien y por quien son todas las cosas, que se proponía llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por las tribulaciones al Autor de la salvación de ellos».*

El versículo indica que el Hijo de Dios debía reunir a sus hermanos para constituir un pueblo. Como una columna situada en el centro de un edificio lo sustenta, y una lámpara lo ilumina, y como el corazón vivifica el cuerpo, así está Cristo en medio de la Iglesia (n. 132). Únicamente el Hijo de Dios, hecho hombre, podía expiar los pecados de los hombres (n. 143). Los versículos 16-17 afirman con una gran fuerza expresiva que Dios no ha echado la garra a un ángel, sino a un descendiente de Abraham. Este verbo, echar la garra, es muy conveniente dice Tomás, porque los israelitas huían delante de Dios (n. 148).

Después de mostrar la superioridad de Cristo respecto de los ángeles, el **Capítulo III** comienza a compararlo con Moisés, que, como gran legislador, ha sido en todo fidelísimo⁷ y promulgó la Antigua Alianza (n. 159). Si bien es verdad que Moisés promulgó la Ley; la gracia y la

7. Num 12,7.

verdad, en cambio, nos llegaron sólo por Cristo, quien construyó toda la casa (que somos nosotros) en cuanto es el Hijo (n. 161). «*Por lo cual... si oyereis su voz hoy, no endurezcáis vuestros corazones como el día de la tentación en el desierto, donde vuestros padres me tentaron...*», *mirad, hermanos que no haya entre vosotros un corazón malo e incrédulo*» (vv. 7-12). Cristo es más grande que Moisés, por tanto debemos obedecerle más que a Moisés. La desobediencia a Moisés en el desierto fue fatal para los israelitas, que no llegaron a entrar en el descanso.

Por consiguiente, nosotros debemos aceptar el mensaje de Cristo para poder entrar en su descanso (**Capítulo IV**). Si repetimos el pecado de desobediencia, el juicio divino será severo. Dios conoce los secretos de nuestros corazones y tendremos que darle cuentas. Pero tenemos un gran Pontífice que penetró en los cielos. «*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia a fin de recibir misericordia*» (v. 16). Estos últimos versículos del c. IV preparan el tránsito al capítulo siguiente en que se muestra que el sacerdocio de Cristo es más eminente que el de Aarón.

El **Capítulo V** se abre con una descripción de la tarea del sacerdote en el Antiguo Testamento: ofrecer oraciones y sacrificios como expiación por los pecados. Tomás añade esta observación: «uno no es constituido sacerdote en vista de su propia gloria, ni para acumular bienes para que sus familiares se enriquezcan. Un hombre tampoco puede promoverse a sí mismo a este estado superior» (n. 242). Estas propiedades del sacerdocio se encuentran perfectamente realizadas en Cristo. Él ha adoptado nuestra condición humana en un cuerpo pasible y se ofreció en sacrificio para liberarnos de la muerte y del pecado. Su sacerdocio es eterno. Luego Tomás hace hincapié en la piedad y la caridad que el sacerdote debe poseer. «*Cristo no se exaltó a sí mismo, haciéndose Pontífice, sino el que le dijo: “Hijo mío eres tú, hoy te engendré”*» (v. 5). Con un gran número de citas del Antiguo y del Nuevo Testamento, Tomás muestra que Cristo tiene todas las cualidades de un sumo sacerdote: en la flaqueza de un cuerpo humano, ha sido misericordioso, ha obedecido a su Padre, ha conocido los sufrimientos y se ha ofrecido en sacrificio (nn. 244-257). Así llegó a ser causa de salvación para todos los hombres y Dios le de-

claró sacerdote según el orden de Melquisedec⁸. Pero el Apóstol se da cuenta de lo difícil que es esta doctrina para los destinatarios de su carta, que son «torpes de oído».

La argumentación se interrumpe en el **Capítulo VI**, que trata de la instrucción de los adelantados y prepara así los espíritus de sus lectores para la exposición del Capítulo VII. El texto advierte a los lectores ante la defeción. Quienes, una vez iluminados y hechos partícipes del Espíritu Santo, cayeron en la apostasía, ya no pudieron ser renovados otra vez por la penitencia. Tomás señala la gran dificultad de volver al estado de gracia, aunque no la imposibilidad; pero añade enseguida que estas palabras tan duras se pueden explicar también como referidas al bautismo, que no se puede repetir (n. 291). El apóstol espera que las personas a las que se destina la carta sean mejores, como una tierra buena. Mientras que la vida presente no ofrece nada de firmeza, nuestra esperanza es como un ancla firme en el mar de este mundo. Es necesaria para penetrar hasta detrás del velo —una alusión al templo de Jerusalén—, aunque aquí el sentido del velo es el estado presente de la Iglesia. Jesús ya ha penetrado en su interior en favor nuestro. Tomás aprecia la manera de proceder del apóstol. En la generación de las cosas naturales hay un alejarse de lo que había antes, y así en el campo de la fe hace falta alejarse por la penitencia de lo que uno era antes, y, por otro lado, se debe aspirar a lo más grande⁹. Sin embargo, Tomás advierte que no todos están obligados a seguir los consejos evangélicos, pero sí que deben aspirar todos a la perfección espiritual de la caridad. «El hombre debe siempre estar en camino y aspirar a más» (n. 277). En nuestro progreso hacia el fin, el fundamento es la fe.

La mención del sacerdocio de Melquisedec al final del Capítulo VI es una transición elegante, dice Tomás, al **Capítulo VII**¹⁰. La exposición de la excelencia del sacerdocio de Cristo respecto al de los levitas se extiende desde este capítulo hasta el versículo 19 del Capítulo X, donde se concluye que los creyentes deben someterse a Cristo. Tomás divide el

8. En su comentario al c. VII, Tomás explica con más detalle la expresión «según el orden de Melquisedec», un sacerdocio superior al de Leví.

9. N. 277: «Sic semper homo debet esse sicut incendens et tendens ad maiora».

10. N. 325: «Ecce quam eleganter redit Apostolus ad propositum suum».

tratado como sigue: 1) El cap. VII muestra las prerrogativas del sacerdocio de Cristo respecto al sacerdocio levítico en razón de la persona de Cristo. Primero expresa la existencia del sacerdocio de Cristo según la promesa divina y después señala la necesidad de su sacerdocio. 2) En el cap. VIII la carta trata de la eminencia de este sacerdocio.

En esta argumentación, la comparación con el sacerdocio de Melquisedec es fundamental. Melquisedec era rey y sacerdote del Dios altísimo, y no sacerdote del culto de los ídolos (n. 327). Tomás nota dos cosas a propósito de Melquisedec: a) su nombre significa «rey de justicia», lo que se refiere a Cristo, que es nuestra sabiduría y justicia (1 Cor 1,30). b) es rey de paz, lo que conviene también a Cristo (Efesios 2,14). El apóstol combina muy a propósito la justicia y la paz, porque nadie puede promover la paz, si no observa la justicia (n. 332). Melquisedec no tenía padre ni madre, era alguien sin genealogía (v. 3). Las palabras «sin padre» significan el nacimiento de Cristo de la Virgen, «sin madre» al contrario significan su generación divina. No hay «genealogía». Aplicado a Cristo esto significa que su generación es inefable. Cristo no pertenece a los levitas ni a las genealogías descritas en el Antiguo Testamento. El nacimiento divino de Cristo es eterno y en su naturaleza humana vivirá para siempre. Aunque generalmente se dice que lo que es posterior en el tiempo se asemeja a lo que es anterior, aquí se dice, al contrario, que Melquisedec es semejante a Cristo (n. 334).

Partiendo del versículo 11 el Apóstol concluye que el sacerdocio de Cristo es más excelente que el levítico. Si el sacerdocio levítico hubiera sido perfecto, ¿por qué menciona David el de Melquisedec en el Salmo 110,4: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (n. 349)? Lo hace porque, el sacerdocio de Cristo reemplaza y descarta el de Leví. Lo perfecto vacía lo imperfecto, escribe Tomás, es decir lo hace inútil y lo descarta (n. 358). Pero, si es así, descarta también la Ley al servicio de la cual estaban los sacerdotes. «*Mudado el sacerdocio, necesidad tiene de mudarse también la Ley*» (cap. VII, v. 12). Tomás explica: la Ley estaba ordenada a un culto a Dios significado por el sacerdocio. Si se cambia éste, el fin, hace falta cambiar también lo que está ordenado al fin (n. 350). Pero, uno podría decir que, si la Ley Antigua fue dada por Dios, debe ser inmutable. La objeción no vale: Dios adapta las leyes a la sucesión de los tiempos. Antes de la venida de Cristo las leyes de-

bían prefigurar lo que iba a venir; pero después de la venida de Cristo, (otras) leyes deben significar que ya ha venido (n. 352).

Según Tomás, los versículos 20-28 proporcionan dos pruebas más de este reemplazo (n. 364): el sacerdocio de Cristo ha sido instituido por un juramento de Dios —no así el de Leví— y, por tanto, es más firme y de más valor. Además, Cristo es sacerdote para siempre y así ejerce su acción salvadora intercediendo sin cesar por nosotros.

En el capítulo anterior se mostraba la excelencia del sacerdocio de Cristo a partir de su persona; ahora, en el **Capítulo VIII**, el argumento concierne a la naturaleza misma de este sacerdocio y afirma que Cristo, en cuanto hombre, está sentado a la diestra del trono de Dios y posee el poder judicial. Es el ministro del santuario, ya no en un sentido figurado, sino del verdadero santuario, la Iglesia militante y triunfante.

Todo sacerdote es instituido para ofrecer sacrificios. Si Cristo hubiera ofrecido un sacrificio terrestre, no hubiera solucionado nada porque eso ya lo hacían otros. Pero su sacrificio es precisamente él mismo, que se ofreció muriendo en la cruz. Su oblación no era para obtenernos dones terrestres, sino celestiales (nn. 384-388). Cristo es ministro de dones mayores y mejores que los que prometía el Antiguo Testamento, cuyo sacerdocio no tenía el poder de purificar los pecados ni ofrecía la gracia para evitar nuevas caídas. El texto cita la profecía de Jeremías que anuncia el pacto nuevo que Dios iba a concertar con la casa de Israel y la de Judá. Yavé imprimiría sus leyes en los corazones y sería su Dios. Tomás comenta que la Ley Antigua fue dada por medio de palabras exteriores, pero que la Ley Nueva consiste en la efusión del Espíritu Santo, que nos instruye interiormente e inclina nuestra voluntad a obrar según la voluntad divina. Tomás confirma esto aduciendo varias citas de la Biblia: 1 Juan 3,2; Juan 17,3; Jeremías 9,24; Isaías 54,13 (n. 402).

En los últimos versículos del Capítulo VIII, el Apóstol describe tres efectos del sacerdocio de Cristo: 1) la unión perfecta del hombre con Dios; si es «nuestro Dios», podemos vivir bajo su providencia y confiar en su solicitud para nuestro bien; 2) un conocimiento perfecto de Dios, porque el profeta dice que ya no nos hace falta ser instruidos por otros, como se ha verificado en los apóstoles, y como será herencia nuestra en la patria celestial; 3) el perdón de los pecados.

Efectivamente, el Nuevo Testamento, por ser nuevo, implica que el anterior ha terminado (n. 412).

En el **Capítulo IX** el Apóstol vuelve a su tema central —la mayor dignidad del Nuevo Testamento respecto al Antiguo y la excelencia del sacerdocio de Cristo— entrando en más detalles, mientras que en el Capítulo X mostrará que el Antiguo Testamento no podía purificarnos de los pecados. Aquí sigue comparando lo que constituía la Antigua Alianza con lo que nos ofrece la Nueva. Da una descripción de las propiedades de la Ley y de su significado. Tomás resume el argumento de una manera magistral en las cinco lecciones de su comentario.

Los dos Testamentos han sido instituidos a fin de que gracias a ellos el hombre se acercase a Dios. Para este fin es necesario alejarse del pecado y unirse a Dios, lo que se hace por la justificación y la santidad. Es verdad que el Antiguo Testamento conocía varias abluciones, por las que uno podía purificarse de ciertas irregularidades, como p. ej., la de haber tocado un cadáver. Pero éstas no daban el perdón de los pecados. La purificación y la santificación en el Nuevo Testamento en cambio son diferentes: bajo el velo de unas cosas visibles —como el agua en el bautismo— el poder divino obra en secreto. Las ceremonias del Antiguo Testamento, en cambio, no contenían en sí nada de gracia.

El tabernáculo estaba dividido en dos partes, de las que la segunda era el *sanctum sanctorum*. La primera parte, escribe Tomás, es una figura de la Iglesia terrestre, la segunda de la gloria celestial. En el Santo de los Santos, donde se conservaba el arca de la alianza, no entraba más que el pontífice y sólo una vez al año. En el primer compartimiento del tabernáculo los sacerdotes ofrecían sacrificios todos los días. Estas ceremonias eran prefigurativas y se referían a Cristo. Tomás comenta que lo que había en el Santo de los Santos (una sede en la que nadie estaba sentado) significaba que Dios es incomprendible. Los querubines encima del altar significan los ángeles, el arca significa las razones (esencias) de las criaturas en el intelecto divino. Todo lo que hay en el mundo es representado por el arca (la sabiduría), la vara de Arón (el poder), el maná (la bondad de las cosas). Finalmente, escribe Tomás, todo esto prefiguraba a Cristo según el sentido espiritual que el Espíritu Santo había puesto en esos objetos y ceremonias: el candelero, Cristo como la luz del

mundo; las siete lucernas, los dones del Espíritu Santo; los tres brazos a cada lado, los perfectos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Igualmente, la mesa con los panes significa a Cristo y a los apóstoles. La Glosa, dice Tomás, da más detalles de esta prefiguración. Pero el mismo texto de Tomás propone una profusión de interpretaciones simbólicas.

Una vez al año el pontífice entraba en el Santo de los Santos, llevando consigo un poco de sangre y un turíbulo. El velo por el que debía pasar significaba que las cosas celestiales estaban cubiertas a los ojos de Israel. El hecho de que no pudieran entrar indica que el Antiguo Testamento no era un camino para entrar en el cielo antes de la venida de Cristo. De hecho, dice Tomás, antes de la redención, ninguno de los justos que murieron podía gozar de la bienaventuranza celeste. Sin embargo, Tomás rechaza la teoría herética según la cual el Antiguo Testamento no es de Dios sino de un espíritu malo. Cita 2 Pe 1,21: «*La profecía no ha sido en los tiempos pasados proferida por humana voluntad, antes bien movidos del Espíritu Santo hablaron los hombres de Dios*» (n. 429). En tanto no estaba expedito el camino del santuario, el Antiguo Testamento estaba en vigor. Sin embargo, nadie podía entrar en el Santo de los Santos porque no habría una purificación perfecta de los pecados, sino solamente una purificación imperfecta que permitía servir en el templo (n. 430). Quienes entonces eran santos y moralmente irreprochables, no lo eran gracias a las ceremonias, sino por la fe en Cristo (n. 431).

En su tercera lección Tomás comenta los versículos 11-14 del Capítulo IX. Las cinco propiedades del Santo de los Santos se aplican a Cristo, el príncipe de los sacerdotes, que dispensa no ya dones temporales, sino bienes celestiales y otorga lo que en el Antiguo Testamento se indicaba en figuras. Enseguida el texto muestra la dignidad del nuevo tabernáculo, la gloria celestial. Este nuevo tabernáculo se puede entender también del cuerpo de Cristo (n. 438). Cristo entró una sola vez por su propia sangre, para limpiarnos de nuestras obras muertas.

Por la muerte de Cristo, los que han sido llamados reciben las promesas de la herencia eterna (vv. 15-22), (lección 4). La purificación en el Nuevo Testamento es superior y más completa, porque se hizo por la sangre de Cristo (v. 23, lección 5). Cristo está ahora en la presencia de Dios e intercede por nosotros. Tomás explica que Cristo ya veía a Dios durante su vida en la tierra y que ahora le ve en el cielo. Jesús veía siempre a

Dios con una visión clara, pero esta visión no pertenece al estado de viajeros, que es el nuestro. Cristo se manifestará a los hombres al final de los siglos. Ya vivimos en la última época pero no sabemos cuánto tiempo durará. Pasa como con la vejez: a los sesenta años entramos en ella, pero se puede todavía vivir muchos años más. Al fin del tiempo, Cristo aparecerá para juzgar a los hombres y remunerar a los santos (n. 478).

En el **capítulo X** el Apóstol muestra que el Antiguo Testamento no podía purificar a los hombres de sus pecados. Es la última de las prerrogativas de Cristo. El Antiguo Testamento, por lo que es y por sus ritos, es insuficiente en cuanto al perdón de los pecados. En seguida el texto compara el sacerdocio del Nuevo Testamento con el del Antiguo. El Antiguo Testamento no era más que una sombra del futuro; el Nuevo, al contrario, es una imagen. Tomás nota que la imagen presenta el mundo por venir con mayor precisión que la sombra. En el Antiguo Testamento se habla solamente de cosas de este mundo, *de carnalibus*. La característica del Nuevo Testamento es la caridad. En el Antiguo Testamento se debían repetir todos los años los sacrificios de purificación y de reconciliación. La repetición frecuente de los mismos sacrificios todos los años señala que las personas no habían sido purificadas. El pecado es algo espiritual y opuesto a lo celestial. Aquello por lo cual se purifica debe ser al mismo tiempo espiritual y celestial (n. 482). Nosotros en la Eucaristía celebramos el único sacrificio de Cristo, y en ella no se trata de un nuevo sacrificio.

*«Entrando en este mundo dice: No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo... Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo —en el volumen del Libro está escrito de mí— para hacer oh Dios tu voluntad»*¹¹. Tomás plantea una objeción: en *Levítico* 1,9 se habla de holocaustos de un suave olor para Yavé. Por eso, los sacrificios eran agradables. Pero Tomás arguye que Dios ahora ya no los quiere, porque la sombra ha cedido ante la verdad. Por consiguiente quien ahora ofrece estos holocaustos, falta. En otra explicación se pone de relieve que Dios no quiere estos sacrificios por causa de los pecados de quienes los ofrecen. Tomás menciona una tercera explicación que sería aquella por la que el Apóstol se inclinaría: estos sacrificios de animales, de por sí, nunca fueron agradables,

11. Cap. X, v. 5: *Salmo* 40,7-9.

pero se admitieron por ser una figura de la pasión de Cristo. Dios no se complacía en la matanza de animales, sino en la fe en la pasión de Cristo. Finalmente, también se puede afirmar que el rito de estos sacrificios de animales ha alejado a Israel de la idolatría (n. 488).

Después de haber mostrado la eminencia del sacerdocio de Cristo respecto del Antiguo Testamento, el Apóstol concluye que debemos amar a Cristo y unirnos a Él. Tomás explica los vv. 19-25 diciendo que por causa de Cristo entramos en amistad con Dios, purificados por el agua del bautismo. El texto de los vv. 26-31 dice que los que voluntariamente cometen pecados graves después de haber recibido el conocimiento de la verdad ya no encontrarán un sacrificio apto a darles el perdón. Tomás nota que el texto habla de los que permanecen en la voluntad de pecar. El sacrificio de Cristo no es útil si uno no se arrepiente de sus pecados (n. 515). De paso, corrige una opinión atribuida a San Agustín: Quien no está en estado de gracia ya no tiene el poder de pecar o de no pecar. Tomás recuerda que uno puede dominarse y evitar éste u otro pecado (n. 516). Después de un breve comentario sobre la frase que habla del terrible juicio que devorará a los enemigos, el Apóstol se pregunta si en Israel el que menospreciaba la Ley de Moisés era castigado, «¿de cuánto mayor castigo será digno el que pisotea al Hijo de Dios?»

En los últimos versículos del Capítulo X, el Apóstol recuerda a sus lectores que en el momento de convertirse han soportado ya muchos sufrimientos y persecuciones; han llegado hasta el despojo de sus bienes. Les recomienda pues que no pierdan su confianza: todavía un poco, y el que tiene que venir llegará y no tardará (Isaías 26,20; Habacuc 2,3).

2. LA FE

El **Capítulo XI** trata de la fe. En los capítulos precedentes el Apóstol ha puesto de relieve la excelencia de Cristo respecto a los ángeles, a Moisés y a los sacerdotes. Ahora expone cómo puede uno unirse a Cristo. Esta unión se realiza por la fe. En cuanto la fe es una virtud teologal, su objeto y su fin son lo mismo. Por tanto, debemos determinar antes el objeto y el fin de esta virtud, y después su materia propia (n. 552). El acto de la fe es creer: un acto del intelecto que, movido por una orden de la voluntad, se fija en un objeto. Creer es pensar en un objeto con

adhesión. Tal objeto y el fin de la voluntad al ordenar esta adhesión deben corresponder. Ahora bien, la Verdad Primera, que no es vista sino esperada, es el fin de nuestra voluntad durante la vida en la tierra y es también el objeto de la fe (n. 553).

¿Por qué el texto define la fe por la esperanza, cuando dice que la fe es la substancia, la firme seguridad, de lo que esperamos? La respuesta es que el objeto y el fin de la fe son lo mismo. La voluntad mueve el intelecto a su acto, a su bien, pero la esperanza tiene como objeto suyo el bien (n. 554). El v. 1 dice que «*la fe es la substancia de lo que esperamos*». El texto dice «lo que esperamos» y no «las cosas que esperamos», porque se trata de la visión de Dios que comprende los otros bienes que esperamos alcanzar (n. 556). Pues, ¿qué significa substancia? Tomás contesta: por causa de su *función* la fe hace que las cosas que se esperan estén presentes en nosotros. Sujeta el intelecto al objeto que un día espera ver, mereciendo así llegar a su visión, que es la remuneración de la fe. Es algo característico de la fe hacer presente lo que uno cree que sucederá en el porvenir. Pero la palabra sustancia expresa también algo de *esencial*, a saber, una anticipación de la visión completa de Dios, que es la esencia de la beatitud. Tomás añade una comparación interesante: para aprender una ciencia hace falta aceptar primero sus principios y partir de éstos para llegar a conocer lo que se deduce de los mismos. En la vida cristiana, los principios son los artículos del Símbolo (n. 557).

«*La prueba de lo que no vemos*». La fe es un acto del intelecto. Hay actos que producen una certeza total, otros dan lugar a opiniones o a dudas. La fe se encuentra entre los dos: no provee una evidencia pero, gracias a la elección de la voluntad, es un asentimiento con una firme adhesión. Pero esta elección la hace la autoridad divina. Por eso creer es pensar con asentimiento. El texto llama a esta adhesión «cierta», poniendo la causa en lugar del efecto. Llegado a este punto Tomás pone la definición de la fe en una fórmula teológica: «La fe es un *habitus* de la mente por la cual empieza en nosotros la vida eterna en cuanto hace al intelecto asentir a lo que no es evidente»¹². Esta definición permite distinguir la fe de otros actos del intelecto, como la opinión, la duda o la presunción, que no hacen que el intelecto asienta con firmeza a algo.

12. N. 558: «Fides est habitus mentis qua inchoatur vita aeterna in nobis faciens intellectum assentire non apparentibus».

Por su objeto, «lo que esperamos», la fe se distingue de otras cosas que se creen, pero no están ordenadas a la beatitud (n. 559).

En la parte restante del capítulo (vv. 2-40), el apóstol muestra lo que es la fe evocando un gran número de personas de Israel que poseían una fe ejemplar. En v. 3: «*Por la fe conocemos que los mundos han sido dispuestos por la palabra de Dios* (o: en conformidad con la palabra de Dios), *de suerte que de lo invisible ha tenido origen lo visible*». Tomás nota que la doctrina del Antiguo Testamento era doble: una enseñanza clara sobre la unidad de Dios y la creación del mundo, y otra enseñanza envuelta en oscuridad sobre el misterio de la encarnación y de la redención (n. 564). Respecto a la doctrina de la creación del mundo conforme a, o por la Palabra de Dios el texto dice: «por la fe conocemos»; lo que se puede leer de dos maneras. Si se lee *Verbo Dei* como un ablativo, el sentido es: por la Sagrada Escritura sabemos que el mundo ha sido hecho por orden de Dios. La fe concierne a lo invisible y por eso el texto significa que el universo, con todo lo que contiene (*saecula*) ha sido extraído de lo invisible, es decir de la materia prima que no tiene forma ni organización. Pero esta explicación es demasiado simple. Tomás dice que prefiere leer el texto en el sentido que *Verbo* es un dativo: por la fe sabemos que, antes de formarse el cosmos en sus sucesivas capas y épocas, todo ha sido dispuesto conforme al Verbo de Dios, el origen invisible de las criaturas. Tomás prefiere esta solución porque le permite afirmar que el modelo de todas las criaturas está en Dios (n. 564). El Verbo Divino es el concepto de Dios por el cual se concibe a sí mismo y a las criaturas, a la manera de un artesano que tiene un plan o proyecto según el que hace sus artefactos. Las criaturas corresponden perfectamente al plan divino. De lo invisible ha tenido origen lo visible. Tomás nota que los seres visibles han sido producidos desde sus razones invisibles en la mente divina¹³.

Desde el versículo 4 el texto enumera las personas heroicas que se han distinguido por la fe: algunas antes el diluvio, otras en la época que va del diluvio a Moisés, y otras después. El primero que se menciona es Abel: su actitud profundamente religiosa es llamada fe. En el v. 5 dice que, por la fe, Enoc fue trasladado sin pasar por la muerte. Tomás hace notar que la muerte de Enoc ha sido pospuesta, pero que él también de-

13. Se refiere a San Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae, De Genesi adv. Manichaeos*, etc.

be morir un día, lo mismo que Elías. En la época anterior a Cristo, Dios, con el ejemplo de Enoc y de Elías, quería despertar la esperanza de poder vivir para siempre, del mismo modo que a nosotros la resurrección de Cristo nos da la esperanza de la vida después de la muerte (n. 571).

«*Sin la fe es imposible haber (agradado a Dios). Que es preciso que quien se acerque a Dios, crea que existe y que es remunerador de los que lo buscan*» (vv. 5-6). Tomás explica esta frase diciendo que el que desea agradar a Dios debe acercarse a Él. Para lograr esto hace falta la fe, que es la luz del intelecto. Acercarse a uno, escribe, es un movimiento. Ahora bien, en cada movimiento hay un término y una causa del movimiento. Por eso, en la búsqueda de Dios, debemos saber que Él existe y debemos también estar motivados por el hecho de saber que Dios se preocupa de nosotros por su providencia y que es remunerador de nuestras buenas obras. La recompensa no es otra que Dios mismo. Tomás cita el Salmo 16,5: «El Señor es mi heredad y mi cáliz» y añade otros tres textos para subrayar bien este punto (n. 575).

En el número siguiente se pregunta si esta fe, que en cuanto a su objeto parece mínima, es suficiente para ser salvado. La respuesta es que, después de la caída, nadie puede ser salvado del pecado original sino por la fe en el Mediador. Pero esta fe, en cuanto a su objeto, se modifica según la diversidad de las épocas y de los estados en que se encuentra la humanidad. Nosotros que hemos recibido tantos beneficios, debemos creer más que quienes vivieron antes de la venida de Cristo; y entre ellos, algunos más que otros, por ejemplo los Mayores y quienes recibieron alguna revelación especial. Las personas que vivían bajo el régimen de la Ley tenían que creer más que las de antes de la promulgación de la Ley. Se les dieron ceremonias y signos sacros, en los que se representaba a Cristo mediante figuras. Por el contrario, a los gentiles que fueron salvados, les bastaba creer que Dios es remunerador: —aunque esta remuneración no se hace sino por Cristo—. Así pues, creían implícitamente en el Mediador (n. 576).

Otra objeción hace notar que el texto dice que debemos creer que Dios existe, y que podemos demostrar su existencia con evidencia. Pero no se puede creer lo que es evidente. Tomás responde a la objeción diciendo que hay diversas formas y grados en nuestro conocimiento de Dios. Cristo nos ha enseñado que Él es el unigénito de Dios Padre, con-

substantial con Él. Nos ha revelado la Santísima Trinidad y la vida eterna. Todo esto es solamente objeto de la fe y era desconocido en el Antiguo Testamento con excepción de los Mayores. Por otro lado, que sólo Dios debe ser venerado era algo conocido también por los judíos y, hasta un cierto punto, también los filósofos sabían que Dios es uno (n. 577).

«Por la fe Noé, avisado por divina revelación de lo que aún no se veía, movido de temor fabricó el arca para salvación de su casa y por la misma fe condenó al mundo, haciéndose heredero de la justicia según la fe» (v. 7). Tomás explica que Noé hizo cinco cosas: creyó que sucedería el diluvio que todavía no se veía; tuvo miedo, porque la fe es el principio del temor, siendo su objeto lo invisible (Eclesiástico 25,16); por la fe ejecutó la orden de Dios y construyó el arca; esperó la salvación de parte de Dios; mostró que la gente en el mundo era condenable (n. 578).

Los versículos 8-12 del Capítulo XI hablan de Abraham, Isaac, Jacob y José. Tomás subraya que Abraham fue llamado de manera especial, obedeció y se puso en marcha hacia una tierra desconocida. Él nos muestra que nos hace falta deponer todo afecto carnal, si deseamos recibir una herencia eterna (n. 582). No se hizo un domicilio permanente y continuaba viviendo en tiendas. Se quedó como un extranjero en medio de la gente del lugar donde estaba. Esperaba la ciudad celestial (nn. 582-587). Humanamente hablando era casi imposible que Sara concibiera un hijo, tanto por ser estéril como por su edad. La risa de Abraham delante de esta promesa era de sorpresa, no de duda, como dice San Pablo en Romanos 4,20 (n. 589). Todas las *concepciones* milagrosas, en el Antiguo Testamento, eran como una prefiguración del máximo milagro, el nacimiento de Cristo (n. 591). Según Génesis 15,1, después de la muerte de Sara, Abraham habría engendrado a numerosos hijos, pero tal vez hay que entender el texto en el sentido de que todos ellos descendían de Isaac. Entre ellos, unos eran buenos —significados por las estrellas—, otros malos, indicados por las arenas incontables de las riberas del mar; una explicación que no se encuentra en el texto (n. 592).

Los versículos vv. 13-19 son como una breve reflexión sobre la fe de Abel, Noé, Enoc y Abraham, antes de pasar a la descripción de la fe de Isaac, Jacob y otros. Tomás anota que todos ellos murieron sin ver la realización de las promesas. Reconocieron que eran peregrinos y que estaban de camino. De manera análoga, el santo no se hace una morada

permanente en este mundo, sino que tiende a una patria que es mejor. Abraham podría haber vuelto a la tierra de donde era originario. Tomás ilustra este punto con varias citas bíblicas, como el Salmo 6,4: «Una cosa pido al Señor, ésa procuro: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar el encanto del Señor y visitar su santuario»; o Salmo 83,11; «Porque más que mil vale un día en tus atrios» (n. 598). Dios se denomina el Dios de ellos, porque les preparaba la ciudad celestial: Jerusalem (n. 602). El signo máximo de la fe de Abraham ha sido obediencia a la orden divina de ofrecer su hijo en sacrificio. Tomás no da una interpretación cultural-histórica inspirada por los usos del ambiente cultural, sino que nota que Dios tiene el derecho de dejar morir aun a los inocentes. Vemos que todos los días, por una disposición divina, mueren muchos inocentes y muchos malos. El texto nos enseña así que Dios prueba a los hombres. Esto significa que organiza las circunstancias de tal modo que el hombre reconozca su fuerza y su debilidad (n. 604). Abraham creía incondicionalmente en la promesa, en que Isaac iba a vivir. Todo esto era una figura del sacrificio de Cristo (n. 605).

Los versículos 20-26 hablan de la fe de Isaac, Jacob, Esaú y José. En un espíritu de fe, Isaac bendijo a sus hijos, Jacob y Esaú, en vista de los bienes futuros. Las palabras que pronunció recibieron su eficacia del poder divino. El que era menor iba a ser puesto sobre el mayor. Esto vale para los dos pueblos que iban a salir de ellos. Pero Tomás ve aquí también una indicación de que los gentiles (el pueblo menor) iban a preceder a los judíos, como dice Mateo 8,11: «Os digo que del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores...» (n. 607). Las bendiciones de los patriarcas concernían a los descendientes. Cuando José estaba para morir, ordenó que sus huesos fuesen llevados a la tierra prometida. Según Tomás, creía que Jesús debía nacer de este pueblo y deseaba tener parte en la resurrección (n. 608).

Los padres de Moisés lo escondieron porque, al ver al niño, creyeron que había en él una virtud divina. Moisés, adoptado por la hija del Faraón, rehusó ser llamado su hijo y prefirió compartir las penas de su pueblo (n. 612). Los hombres desean sobre todo dos cosas: una vida agradable con abundancia de bienes exteriores y evitar lo contrario. Sin

embargo, Moisés eligió las dificultades y el dolor más bien que los placeres que la gente se procura por el pecado. El texto de la *Carta* dice que Moisés tenía por mayor riqueza que los tesoros de Egipto, los vituperios de Cristo. Tomás entiende estas palabras como lo que iba a sufrir por la fe en Cristo, y las injurias de parte de su propia gente. Estas injurias prefiguraban las que Cristo recibiría más tarde de parte de los judíos (n. 615). Los santos eligen una vida áspera porque las riquezas y los placeres fácilmente llegan a ser obstáculos para conseguir el verdadero fin (n. 616). Comentando los versículos 27-31 en la lección 6, Tomás explica que Moisés huyó de Egipto por temor del rey, poniendo su confianza en Dios. Trataba con Dios como si lo viera. A la cuestión de quién fue el ángel exterminador Tomás contesta que podría ser cualquier ángel.

Después de haber hablado de la fe de los Patriarcas, el apóstol trata ahora de la conducta de los Israelitas que habían entrado en la tierra prometida (vv. 32-35a). Para ser breve acorta su exposición con las palabras: «¿*Qué más diré?*» Tomás refiere a una expresión análoga en Juan 21,25. Algunas de las personas enumeradas realizaron también acciones malas, pero es probable que al final fuesen santos (n. 629). A propósito de Sansón, San Agustín piensa que se mató según una inspiración divina. Igualmente, Jefé y Gedeón cometieron actos moralmente rechazables.

¿Han sido profetas todos los mencionados? Con respecto a lo que sugiere el texto, Tomás expone su doctrina de la profecía. El Espíritu Santo puede mover a un hombre: a) hacia el conocimiento, sea con entendimiento intelectual de un mensaje, sea sin entender lo que se ve; b) a hablar de tal modo que esta persona conoce el sentido de lo que dice, o que no lo sabe (Caifás); c) a realizar acciones: a veces de tal modo que el profeta entiende el sentido de lo que debe hacer (Jeremías), o sin entenderlo (los soldados al dividir la túnica de Jesús). En el sentido pleno de la inspiración profética el profeta sabe y entiende lo que ve, dice y hace (n. 631). Comentando la frase «*por la fe subyugaron reinos, etc.*», Tomás nota que entre los actos exteriores de las virtudes, los de la justicia y la fortaleza son los más importantes. Aquí la palabra «fe» es empleada en un sentido más amplio. «*No alcanzaron las promesas*»: Ninguno de los Patriarcas recibió la vida eterna antes de la venida de Cristo. Si se entienden «las promesas» como símbolos de la tierra prometida, los primeros Patriarcas tampoco entraron en ella. Josué fue el primero, dice Tomás, pero no es

mencionado en el texto (n. 635). «*Obstruyeron la boca de leones*»: Se dice en general, aunque esto se sabe sólo de Sansón y David. Tomás comenta: el texto habla de todos los santos como de un colegio, de modo que lo que hace uno de ellos puede ser imputado a todos, porque todos obran por la fuerza del mismo Espíritu Santo (n. 637).

En cuanto a los últimos versículos del capítulo (vv. 35b-40), Tomás explica que los santos del Antiguo Testamento que sufrieron más, recibirán un premio mayor. En la Iglesia, los Apóstolos son los primeros por sus méritos. Son seguidos por los mártires. Ningún acto tiene tanto mérito como el hecho de morir por causa de Cristo, porque el mártir entrega el bien más precioso que tiene, la propia vida (n. 645).

3. CONSECUENCIAS MORALES

El **Capítulo XII** es una exhortación a una vida de perfecta moralidad. Los santos de los que se ha hablado nos invitan a imitarles. «*Teniendo pues nosotros tal nube de testigos...*». Tomás interpreta «nube» así: los santos son sublimes; son fértiles, son útiles, como las nubes. Otro ejemplo de esta exégesis popular y sencilla: ciertos impedimentos rinden difícil la vida virtuosa por el peso del pecado cometido que deprime el alma. Tomás explica lo dicho: el pecado impele el alma hacia abajo como un peso. Las circunstancias que nos rodean son como un peso, por la seducción que pueden ejercer. Está también la aversión a lo penoso que puede derivarse de la vida virtuosa que entonces se percibe como un peso (n. 660). Pero «*puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe*» (v. 2). Cristo es el autor de nuestra fe en cuanto nos la enseña, y la imprime en nuestros corazones. Tomás nota que en cualquier tribulación el remedio se encuentra en la cruz de Cristo (n. 676) y con Gregorio Magno añade: «si se acuerda de la pasión de Cristo, nada es tan duro que no se soporte con ecuanimidad» (n. 669).

Los versículos 5 a 11 conciernen a las tribulaciones que los elegidos han de sufrir. La idea central es que Dios, lo mismo que un padre que corrige a sus hijos, reprende a quienes ama (n. 674). Los versículos 12 a 17 se estudian en la tercera lección de este capítulo. El Apóstol anima y enfervoriza a sus lectores: las virtudes como la justicia y la templanza conducen a la paz: que ninguna raíz amarga impida una conversación amis-

tosa. El sabio, dice Tomás, no es desagradable ni amargo (Sabiduría 8,16: «No es amarga su conversación»). El v. 17 es difícil: «*Esau no halló lugar de penitencia, aunque con lágrimas lo buscó*». Tomás afirma que durante la vida terrestre una verdadera penitencia es posible, pero puede ocurrir que alguien se arrepienta no por amor de la justicia sino por miedo del castigo. Parece ser que Esau no se arrepintió de haber vendido su derecho de primogénito sino por los bienes que había perdido (n. 694).

El pasaje de los vv. 18 al 24 habla del fuego, la oscuridad y la tormenta del monte Sinaí, y, por contraste, de la nueva ciudad de Jerusalén. En vez de un fuego visible, se celebra ahora la venida invisible e intangible del Espíritu Santo. Cuando el texto habla de un torbellino, Tomás ve en él, además de su sentido literal, una referencia al hecho de que la Ley al no ofrecer la gracia, podía causar un torbellino de pasiones. La trompeta invita a observar los preceptos, como si uno fuera invitado a entrar en guerra contra sí mismo (n. 700). El v. 20 afirma: «*Si un animal tocaba al monte, había de ser apedreado*». Esto significa que quien vive como un animal no puede entrar en el reino de Cristo. El monte significa la sublimidad de los misterios divinos (n. 702). Tomás subraya que el texto muestra muy bien la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: ahora, uno se puede acercar a los dones celestiales sin terror.

La lección 5, vv. 25-29, muestra que, en el Antiguo Testamento, la Ley fue dada acompañada de fenómenos naturales inquietantes. Moisés hablaba desde la tierra, bajo la figura de cosas terrestres y prometiendo bienes temporales. Pero en la doctrina del Nuevo Testamento Cristo nos habla desde el cielo, y menciona las cosas terrenas para significar bienes celestiales, entendiéndolas místicamente (n. 717). En el Antiguo Testamento, la voz de Dios en el Sinaí estremecía la tierra, pero ahora conmoverá el cielo y la tierra, lo que significa que renovará el cielo y la tierra (Ageo 2,7.20) (720). En el último número de la lección, Tomás indica el sentido de la expresión que Dios es un fuego devorador (v. 29).

El **Capítulo XIII** contiene una serie de admoniciones, y termina con una oración y unos saludos. En la primera lección, vv. 1-8, Tomás establece una relación entre el monte de Dios del Capítulo XII y la práctica de la caridad, las buenas obras, como practicar la hospitalidad y visitar a los prisioneros. Si deseamos llegar al reino imperecedero, nos hace falta

vivir según la caridad (n. 727). El v. 9 avisa: «*No os dejéis llevar de doctrinas varias y extrañas*». Tomás nota que a una verdad se le pueden oponer diferentes errores, y que la doctrina de la fe es coherente, pero uno puede desviarse de ella de muchas maneras (n. 741). El Apóstol reitera su prevención: los que sirven en el tabernáculo de la Ley no tienen el derecho de comer de nuestro altar. Al final, el Apóstol pide que se hagan oraciones para que él sea restituido pronto a los destinatarios de la carta, es decir liberado (cfr. Filipenses 2,24) y que Dios les haga perfectos en todo bien, es decir que haga que ellos deseen y obren el bien.

* * *

Al término de nuestro estudio del comentario, notemos algunas características generales de esta *Lectura*. Como en los otros comentarios bíblicos y aristotélicos la *Lectura* es una explicación de cada frase, casi de cada palabra del texto. Tomás determina el sentido literal y la doctrina teológica contenida en un pasaje. En esta explicación, es de una importancia esencial establecer el orden de los temas tratados por el Apóstol y la marcha de su argumentación. Tomás trata de exponerlos por medio de las divisiones del texto. La *Lectura* no es sólo un estudio bíblico-teológico, sino que ofrece también una teología espiritual, invitando al lector a meditar sobre sentencias y palabras. Los numerosos lugares paralelos de la Biblia citados por Tomás facilitan esta meditación. Así se profundiza el mensaje comunicado por el texto y se ve mejor la maravillosa unidad de la revelación bíblica. A la vez los Padres son mencionados con una cierta frecuencia: San Agustín unas 56 veces y S. Gregorio Magno 16. Están presentes también Dionisio, Jerónimo, Crisóstomo. La *Magna Glosa* (Pedro Lombardo) es una fuente importante, pero, en repetidas ocasiones Tomás se aparta de la interpretación de la Magna Glosa hace y propone otras explicaciones. A veces el lector encuentra una u otra exposición ingenua —la filología no estaba muy desarrollada en esta época—, pero éstas no disminuyen el gran valor dogmático y moral de la *Lectura*. Cuando la ocasión se presenta, Tomás refuta herejías que alteran la doctrina del Apóstol. Como hemos dicho al principio, la *Lectura* es una reproducción de clases de teología, probablemente enseñadas en Roma o Nápoles, entre 1265 y 1268. Este carácter escolástico se percibe en las frecuentes dificultades planteadas por el autor mismo y los correspondientes *respondeo*. Hasta ahora la *Lectura super Epistolam ad*

Hebraeos ha sido poco estudiada. Antoine Guggenheim, *Jésus Christ, Gran Prêtre de l'Ancienne et de la Nouvelle Alliance*. Étude du commentaire de saint Thomas d'Aquin sur l'Épître aux Hébreux, Paris, Parole et Silence, s.a., es la excepción¹⁴.

Leo J. ELDERS, S.V.D.
Instituut voor Wijsbegeerte en Theologie «Rolduc»
KERKRADE (Holanda)

14. El autor agradece al Dr. Tercero Simón la revisión del texto español.